

Manuel Machuca

Doctor en Farmacia. Escritor



Uno de esos putos inmigran

El mes de junio pasado tuve la oportunidad de asistir a la defensa de la tesis doctoral de mi amigo **Pedro**. De Pedro ya he hablado en alguna reciente ocasión en esta revista, pero quisiera que no se me escapase la oportunidad de remarcar algunas cosas sobre él.

Pedro es colombiano, de Medellín, Antioquia, y es profesor de su Facultad de Farmacia. Lo conocí en su ciudad, allá por el año 2000, en mi primer viaje a la América Latina, y desde entonces me ha honrado siempre con su amistad. No con una amistad verdadera, o una sincera amistad, ni tan siquiera con una amistad con mayúsculas, como tan tópicamente se dice. Creo que la palabra amistad basta y sobra, sin necesidad de ponerle adjetivo alguno. O se tiene, o no se tiene. Simplemente eso. Y Pedro es mi amigo.

Para llegar a ser profesor universitario, para lle-



gar a doctorarse por una universidad europea, ha pasado mucho. Él no lo cuenta, pero yo lo sé. Nunca hace aspavientos, nunca se queja, nunca saldrá palabra más alta que otra de su boca. Pero es verdad.

Pedro no es como

otros, como tantos que decimos que vamos a hacer una cosa, que nos quejamos por lo que va a pasar y quizás nunca ocurra, ni como los que presumimos de todo lo que se puede, incluso de lo que no se debe, y que las más de las veces desconoce-

Pedro me ha honrado siempre con su amistad, no con una verdadera o con mayúsculas

tes



mos lo que significa la palabra modestia. Pedro hace, simplemente hace.

Pedro nació y vivió su infancia en una de esos terribles cerros de Medellín, en la época dorada del narcotráfico, con la familia Escobar en todo su auge. Era uno de esos

niños que luego deberían convertirse en sicarios, para matar o morir. O mejor dicho, para matar y en cualquier momento morir. La mayoría de los niños de entonces, los de aquellos cerros, hoy están muertos o en la cárcel.

Pero Pedro decidió es-

tudiar. Estudiar y no meterse en líos, aunque aquello sí que era difícil. Porque estudiar era de verdad meterse en un buen lío, porque se salía de la norma.

Este es precisamente uno de los grandes problemas de nuestra socie-

Nunca se queja,
nunca saldrá
palabra más alta
que otra de su
boca, pero ha
pasado mucho



dad: ser diferente, pensar diferente. En todas partes cuecen habas, y todos sabemos que incluso con nuestros amigos hay temas que no podemos tocar si pensamos distinto. En nuestra sociedad democrática occidental hemos perdido el diálogo, y

únicamente nos lo permitimos con quienes pueden pensar de forma parecida a la nuestra, más no con los que disienten. Estamos tan llenos de prejuicios, tenemos tanto miedo a que el otro nos sorprenda con alguna de sus ideas, que somos impermea-

bles a todo lo que nos ponga en cuestión que estamos en el camino correcto. Ser diferente en la sociedad occidental se paga con la dura pena de la exclusión social, pero en las colinas de Medellín, se pagaba con la muerte.

Un hermano de Pedro

Uno de los principales problemas de nuestra sociedad es ser diferente, pensar diferente



intercedió por él y logró que lo dejaran en paz, que pudiera dedicarse a estudiar, y que nadie lo metiera en líos. Qué peligrosos son los infiltrados: un estudiante en un barrio de narcotraficantes, o un independiente en un mundo de borregos.

A su hermano le salió bien por esta vez, pero tuvo peor suerte más adelante. Porque volvió a interceder. Esta vez por una mujer que era atracada en un autobús urbano, a la que intentó defender, y una bala acabó con su vida. Hoy Pedro sigue colaborando en el sustento de su cuñada y sus sobrinos.

Y Pedro continuó estudiando, y se hizo farmacéutico, en una generación brillantísima de la que formó parte. Les llamaban los “siete magníficos”: **Pedro, Luis Guillermo, Álvaro, Javier, Juan José, Helber...** unos tíos de una pieza todos, gente comprometida, patriota de verdad, no de los que se cuelgan banderas y se les llena la boca de palabras vacías. Gente que pelea por los intereses de la gente, que están comprometidos con su pueblo, que crean riqueza allí donde están. Gente que suma y que no resta, gente que se abre a la búsqueda de la verdad y que no se enroca en sí mismos, gente que lucha sin violencia y que habla por lo que hace.

Y entre todos ellos, un recuerdo especial a un ser

humano grande como **Luis Guillermo**, que sufrió en sus carnes la amenaza del poder, cuando lideraba la negociación sobre el Tratado de Libre Comercio, el tristemente célebre TLC. Puedo recordar hace dos años, en Cartagena de Indias, cómo se me erizaba la piel cuando me contaba lo mucho que tuvieron que soportar él y su familia, por las coacciones de los de siempre, ante la inmunda protección a las patentes de los medicamentos que trata de imponer para toda América el tío Sam y así mantener a raya a los habitantes de su patio trasero.

Más tarde, allá por septiembre de 2000, lo conocí cuando fui a impartir un curso a su Facultad. Fue un curso increíble, en el que pude comprobar la formación de los profesionales que habían salido de esa Universidad. Nunca he disfrutado tanto dando clase como en Medellín, lo digo en serio. Las dos veces que he podido ir desde entonces, han sido momentos de aprendizaje, de compartir conocimientos, de hablar en un mismo idioma humanista en salud. He tenido experiencias muy positivas en América, pero las de Medellín han sido realmente especiales. Y algo habrá

tenido que ver quien los formó.

Un buen día decidió venirse a España a doctorarse. Primero vino él, y luego su esposa **Laura**, una de las voces más dulces que he escuchado. Pedro se fue a Granada, y Laura a Alicante,



donde está a punto de terminar su doctorado en Nutrición. Hasta hoy han sido cuatro años de lucha, de ir y venir, Alicante, Granada, Medellín... Viajar por toda España para formar a farmacéuticos para que trabajasen en el proyecto multicéntrico de su tesis doctoral.

Como una inmensa colina de Medellín, Pedro cruzó España de un lado a otro, buscando farmacéuticos que dejasen su modo de vivir habitual, y lu-

Ser diferente en la sociedad occidental se paga con la dura pena de la exclusión social

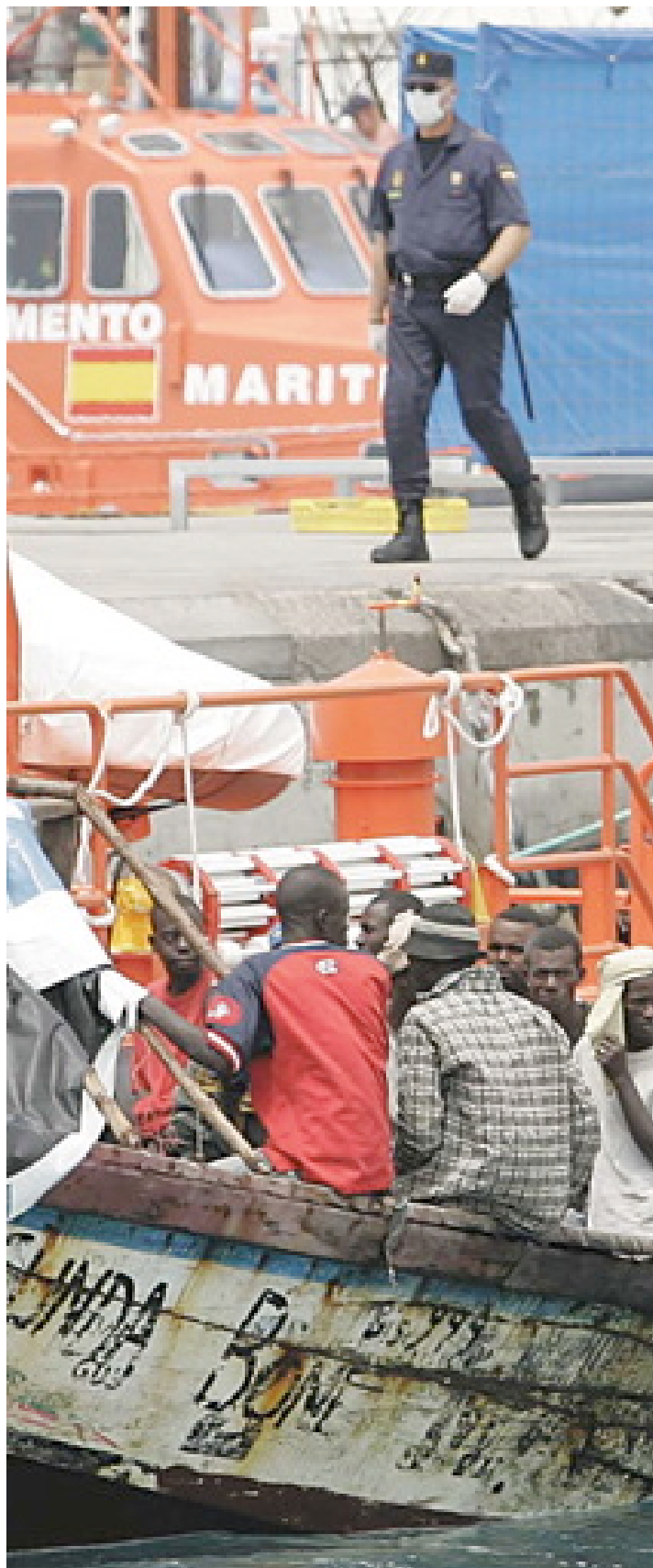
chasan por cambiar una profesión narcotizada y que carece de futuro si no cambia.

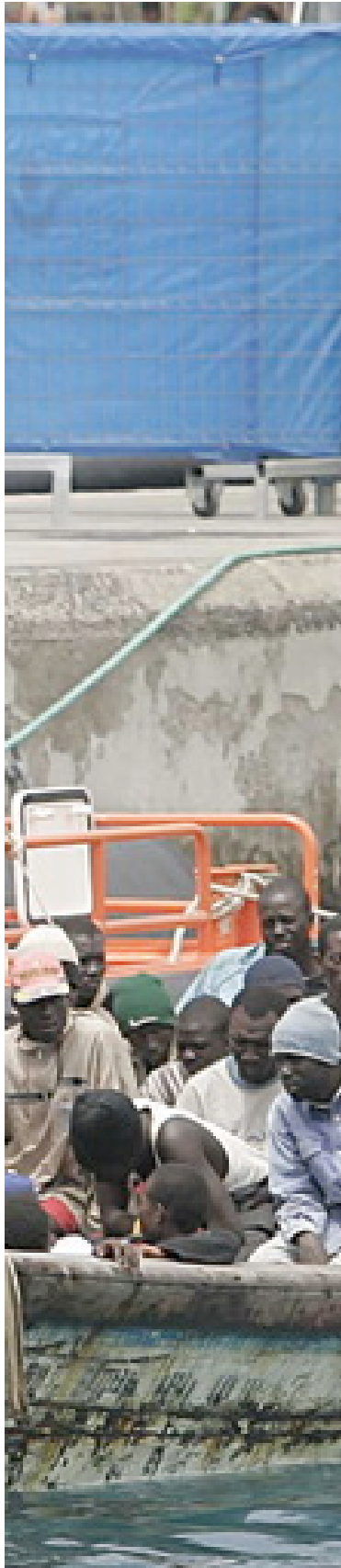
Durante todo este tiempo lo ha pasado mal, pero nunca lo dijo. Jamás se le pasó por la imaginación quedarse a vivir en España, integrarse en uno de esos grupos de investigación, que se han maravillado con la capacidad de trabajo de este inmigrante colombiano, al que alguna vez despelotaron para pasarlo por rayos X, para poder comprobar si traía droga en su cuerpo. Venía demasiadas veces a España. Así se respetan los derechos humanos en los aeropuertos.

Siempre quiso volver, y de hecho ya regresó. Quiere poner su granito de arena por su Colombia querida, donde la gente aún tiene ideales y quiere luchar por mejorar. Allí esperará a su Laurita, ya como doctor por la Universidad de Granada.

Todo esto lo pensé mientras escuchaba la defensa de su tesis doctoral. Tuve el orgullo de formar parte de su tribunal calificador. Allí estaba su esposa y toda la tropa colombiana de Granada. Uno de los suyos se doctoraba, el segundo tras otra paísa, como llaman a los antioqueños. Importaba en ese momento la disminución del riesgo cardiovascular conseguida con su trabajo, importaban los caminos abiertos a la investigación. Pero importaba,

Buscó
farmacéuticos
que luchasen
por cambiar una
profesión
narcotizada





sobre todo, que un niño que pululaba por los cerros de Medellín, que tantos años esquivó a la muerte, había obtenido la máxima distinción académica a la que se puede aspirar.

Podríamos decir que Pedro es un hombre excepcional. Sin duda lo es. Pero hay muchos Pedros en el mundo. Y muchos Pedros en España. Y muchos Pedros inmigrantes. Pudiera decirse que Pedro no es un inmigrante al uso, que ha sido una persona que estaba de paso. Incluso que ha hecho lo que debería hacer todo inmigrante: volver una vez conseguido el objetivo. Pero hay muchos Pedros que optan por quedarse y por ayudar a sus países de otra forma.

Pensaba escribir en este artículo sobre uno de los datos de su tesis, que él mismo no ha entendido, y que es motivo de trabajos de investigación en los que estoy implicado en este momento. Quería hablar sobre el amor y la disminución del riesgo cardiovascular, quería hablar sobre felicidad y salud, sobre los nuevos profesionales de la salud del futuro, sobre nuevos conceptos sanitarios, sobre la vuelta del humanismo a la ciencia.

Habrá que madurar esa idea para un próximo artículo, porque me ha salido otro. Me ha salido hablar de los Pedros de este mundo, sobre los que

tratan de abrirse puertas en nuestro mundo, sobre los que salvarán la cara de este país en las próximas generaciones, sobre esos inmigrantes de usar y tirar que tenemos aquí.

Resulta más que curioso que las conclusiones electorales de los principales partidos políticos de este país hayan dado lugar a poner un ministro para inmigraciones con ganas de echar gente fuera, y una oposición que cree revestirse de centrista por el mero hecho de tener, como “miembras” a una madre soltera e inseminada de secretaria general y una casada civilmente de portavoz. Ejemplos de que aquí, con coger los rábanos por las orejas, basta.

Pero no me quiero salir de nuevo por la tangente y me centro en la despedida de este artículo en los Pedros de diferentes colores que tenemos en este país, en esos inmigrantes a los que creemos que les estamos dando todo y que son ellos los que tanto nos podrían enseñar. Esta gente que solo ellos saben lo mal que lo pasan, con añoranzas difíciles de superar por generaciones, y que son la esperanza de nuestro país para el futuro.

Gracias por tanto aprendido junto a Pedro, y también junto a tanta gente luchadora y comprometida. Habrá que continuar luchando por hacerles justicia. ■

www.manuelmachuca.com

Lo despetotaron
para comprobar
si traía droga. Así
se respetan los
derechos en los
aeropuertos